

De la soberanía a la libertad

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Durante la década de los años 80 nuestro país fue testigo del ascenso de una joven generación que con fuerza aciclonada revolucionó el panorama nacional de las artes y el quehacer intelectual. Desde novedosos presupuestos ideológicos -que incorporaba la lectura de pensadores postmodernos como Foucault, Lyotard, Derrida o Habermas, o la relectura de Hegel, Heidegger, Marcuse o Adorno- inauguraron un nuevo sendero marcado por una metodología renovada que busca un pensamiento más amplio y profundo.

De las aulas universitarias cubanas en esos años 80 brotó un conjunto importante de escritores, historiadores, críticos de arte, sociólogos, antropólogos y teóricos de la cultura con una visión *otra* del mundo. Entre estos jóvenes se encontraba Alexis Jardines, quien desde la filosofía ha desempeñado un papel destacado. Aunque muchos de los miembros de la epopeya intelectual de los 80 viven fuera de Cuba, Alexis Jardines sigue siendo una criatura habanera.

Jardines es doctor en Ciencias Filosóficas y Profesor Titular Adjunto de la Universidad de La Habana, además de uno de los mayores talentos del filósofo cubano, aunque lamentablemente -como comentan muchos- el reconocimiento a su agudeza no ha sido promovido por nuestros medios culturales y académicos. El profesor Jardines ha aceptado res-



Doctor Alexis Jardines

¿Qué significa para usted el quehacer filosófico?

Significa, ante todo, la posibilidad -y el placer- de crear en el más elevado dominio humano: en el saber mismo. La filosofía, no se olvide, fue definida como amor por el saber. Y este amor se traduce, según el ideal griego antiguo, en *Virtud*. Estamos hablando, pues, de la creación conceptual como una de las facetas humanas más dignas y sublimes (la más alta forma de la racionalidad, según palabras de Husserl). Un don poco común que ha sido trivializado y denostado tanto por la tradición analítica pragmático-positivista como por el marxismo y el postmodernismo. En Cuba, su descrédito se lo debemos, particularmente, al marxismo-leninismo. En todos los casos se observa la tendencia a identificar la metafísica, que no es si no una forma específica que reviste el filosofar en las condiciones

de la modernidad, con la filosofía en general. La creencia de que podíamos y debíamos arreglárnosla sin la filosofía mucho ha tenido que ver con esa situación de pérdida de sentido que hoy se observa en las sociedades occidentales más avanzadas. Y esa anomia no hay ciencia ni ideología capaces de enfrentarla; es solo la filosofía pura y dura la que debe y puede encarar el reto.

Hasta cierto punto, la pérdida de referencia de nuestra cultura es una consecuencia del enmudecimiento de la filosofía. Sin embargo, no hay que temerle tampoco a un colapso cultural. Allí donde está el peligro, apuntaba Hegel, también surge lo salvador. Habrá que esperar a que los tiempos que corren adquieran una fisonomía más definida para que intervenga el pensamiento filosófico. La filosofía —y estas son de nuevo palabras de Hegel— es como el

búho de Minerva, que vuela solamente al anochecer.

¿Qué debe imponerse todo filósofo que pretenda mantenerse abierto a un conocimiento más amplio, profundo, nuevo?

No me gusta plantear la cuestión en términos de imposiciones, simplemente, sin esta condición de tolerancia y de apertura no es posible la filosofía. El filósofo no debe estar comprometido más que con el saber. Por otra parte, cuando se filosofa es preciso situarse más allá del conocimiento finito y de la conciencia común. Esto entraña también un abandono de cualquier mezquindad teórica o moral. Según un conocido requerimiento del gran Spinoza, la filosofía sólo se hace desde el punto de vista de la eternidad (*sub specie aeternitatis*), lo que no impide tener una clara conciencia de lo males propios de la época, como fue su ca-

so, pero también de lo *novum* que, en gran medida, es el estímulo del pensamiento filosófico. El símil de la filosofía con el búho de Minerva no significa que la primera esté vuelta al pasado ni que tenga por objeto la justificación del presente. Es cierto que, como nos advierte un viejo proverbio francés, «comprenderlo todo es perdonarlo todo». Pero, en nuestro caso, el perdón tiene que ver más con una actitud científica que con una apologética. Sólo una profunda comprensión del presente —cuando las cartas están ya sobre la mesa— puede revelar las tendencias futuras y preservarnos de caer en utopías futuristas de cualquier tipo.

En su opinión ¿cuál debe ser el influjo social de la filosofía y cómo debe lograrlo?

La filosofía no es un programa de acción política ni una herramienta para transformar la sociedad; es una empresa estrictamente individual. Sólo es asequible a quien recorre el camino del pensamiento humano, de la cultura y sus logros, lo cual implica un tremendo esfuerzo teórico en el orden individual. La filosofía, como las ciencias, es cosa de expertos y el filósofo, que no posee otro recurso que la fuerza de sus argumentos, tiene el deber de ser consecuente con lo que piensa y de hacerlo público para el bien y el provecho de la sociedad. Pero, también —y esto es saludable no olvidarlo— tiene el derecho de ser escuchado y habrá de luchar por conquistar ese espacio. No hay cuadro más triste que aquella doctrina apologética que heredamos del socialismo real y que sobrevive hoy en nuestros centros de enseñanza. Los llamados «profesores de marxismo», que pululaban en el ámbito docente, no eran más que portavoces de una ideología enlatada, pero nunca filósofos. La primera regla que debían acatar era la de transmitir, de manera mancomunada, una doctrina preconcebida que no dejaba posibilidad alguna de desarrollo ulterior, mientras permanecían alegre-

La creencia de que podíamos y debíamos arreglárnosla sin la filosofía mucho ha tenido que ver con esa situación de pérdida de sentido que hoy se observa en las sociedades occidentales más avanzadas.

mente en el más profundo anonimato al reducir su actividad teórica y pedagógica a la reiteración de las ideas de Marx y de Lenin. Y como ya expresé de algún modo, la filosofía está muy lejos de ser esa empresa colectiva y apologética que, por lo general, se alimenta del sentimiento de rebaño, del instinto de muchedumbre.

¿Se ha hecho filosofía en Cuba?

Sí y he dedicado todo un libro a demostrarlo. Se publicó en Madrid en el 2005, bajo el título *Filosofía cubana* in nuce. *Ensayo de historia intelectual*. Quien quiera saber sobre la filosofía cubana debe estudiar la obra de la generación de los 40 del siglo XX. Allí está la semilla, que floreció y fue truncada por el marxismo estalinista, el cual sobrevivió al triunfo revolucionario de 1959 y luego se apoderó de la investigación y de la docencia. Todavía quedan algunos estalinistas de aquella primera generación revolucionaria haciendo daño por ahí con su mediocridad, su intolerancia y su espíritu exclusionista.

La generación de los cuarenta fue —desde el punto de vista teórico-filosófico— la más sólida de todo el período republicano. Pero también la que fundó y puso en marcha las instituciones filosóficas que, por su significado y por el trabajo desplegado, trascienden a las actuales. Me refiero a la Sociedad Cubana de Filosofía, al Instituto de Filosofía y a la *Revista Cubana de Filosofía*. Como he señalado en otras ocasiones, hoy no tenemos siquiera una revista especializada en temas filosóficos, lo cual es realmente lamentable, pues la *Revista Cubana de Filosofía* no se dejó aventajar por ninguna de su tipo en toda Iberoamérica.

Los filósofos de los 40, que eran individualidades, tenían esbozos de sistemas filosóficos propios, propuestas epistemológicas y concepciones bien articuladas sobre la historia de la filosofía. Y hay que decir que no se circunscribieron al ámbito nacional. Hicieron valer su trabajo fuera de Cuba a fuerza de talento, rigor y profesionalidad en cuanto congreso se presentó. También fueron muy fructíferos en lo que a publicaciones se refiere, tanto en Cuba como en el extranjero. Recomiendo mi libro antes citado, para que se conozca a fondo lo que en propiedad puede llamarse «Filosofía cubana».

¿Cómo puede usted caracterizar la enseñanza de la filosofía en la Isla durante los últimos 50 años?

Como un desandar el camino de los grandes reformadores de la enseñanza de la filosofía en Cuba (Caballero, Varela y Luz). Nótese que, bajo el control del marxismo soviético, la enseñanza de la filosofía volvió a ser tan dogmática, estéril, cerrada y divorciada de la realidad como se dice que fue la escolástica medieval. De manera que se echó por la borda el magisterio de aquellos Padres Fundadores. Con el colapso de la URSS los viejos estalinistas se reorientaron, nombrándose a sí mismos «científicos sociales». Las generaciones posteriores de pro-

fesores de marxismo se han vuelto postmodernas o habermasianas, pero es muy poco probable que con un simple cambio de casaca se pueda borrar lo que con tanto celo cultivaron nuestros marxistas por medio siglo: el pensamiento inquisitorial.

¿Cuál ha sido la influencia, tanto positiva como negativa, de la filosofía en la sociedad cubana durante estas décadas?

Ni positiva ni negativa, no ha habido ninguna. Durante estas cinco décadas en Cuba lo que ha tenido lugar es la excomulgación marxista de la filosofía. Marxismo ha habido en exceso, pero, filosofía, ninguna. La pregunta, entonces, solo puede referirse a la influencia del marxismo soviético en la sociedad durante este medio siglo. Es algo que está más allá de mi competencia. Al menos, en lo que toca al pensamiento, influencias positivas no se observan. Entre las negativas pudiera destacar el anonimato, la inercia de pensamiento, la supresión del espíritu creativo, la uniformidad de pensamiento, el antiteoricismo, la mediocridad, etc. Remito aquí a mi *Réquiem*, un trabajo que escribí en 1989 y fue publicado dos años después por la Editorial de Ciencias Sociales. Está dedicado íntegramente a esta temática.

¿Algo ha cambiado? ¿Cómo se caracteriza, en la actualidad, la búsqueda de los filósofos cubanos?

La generación de los 80 marcó un viraje en este sentido. A partir de ella hay más libertad de propuestas y mejores condiciones para la búsqueda filosófica. Pero también influyó la caída del Muro y el descrédito del marxismo a nivel internacional. En la actualidad, el marxismo ha perdido fuerza y terreno. También ha perdido muchos partidarios entre los jóvenes egresados, pero todavía tiene, en términos institucionales, un peso enorme en la investigación y en la docencia a causa de que los programas —tanto de estudio como de investigación— son aprobados al más alto nivel: el CITMA y el MES,

respectivamente. A nivel individual, la búsqueda de los filósofos cubanos se lleva a cabo con más libertad y menos prejuicios, pero no creo que sea suficiente.

Durante décadas, la preocupación —y ocupación— fundamental de nuestros filósofos fue no desviarse del pensamiento de Marx. Como si eso fuera tan fácil de hacer en unas condiciones culturales en las que, desde la cuna, sólo se oye hablar de marxismo. A mí siempre me pareció que el verdadero problema era el de si nuestros filósofos eran capaces de pensar de otra manera que no fuera la marxista; el de si podían pensar, en general, sin elencos impuestos, es decir, en condiciones de libertad. Hegel solía decir que el prófugo todavía no es libre, porque su fuga está condicionada por aquello de lo cual huye.

¿Qué aconsejaría usted en relación con la docencia filosófica en la Isla?

Ante todo, retomar el camino de los grandes reformadores de la enseñanza de la filosofía en Cuba. El magisterio de Caballero, Varela, y de Luz ha sido traicionado. ¿Cree usted que ellos se hubieran dado por satisfechos con una simple sustitución de la escolástica medieval por

El filósofo no debe estar comprometido más que con el saber. Por otra parte, cuando se filosofa es preciso situarse más allá del conocimiento finito y de la conciencia común.

la escolástica marxista? ¿Y la libertad en la docencia por la que ellos abogaron? ¿Y la necesidad de eliminar los elencos (programas) impuestos, que era uno de sus objetivos fundamentales? En lo esencial, las condiciones contra las que ellos se rebelaron son también las nuestras. Y el divorcio entre la realidad cubana e internacional y los prehistóricos programas de estudio (que solo reciben una periódica reparación cosmética) es algo que raya en lo escandaloso, para no hablar ya de lo ruinoso que resultan desde el punto de vista del contenido. Es curioso, todo el mundo venera a estos Padres Fundadores, pero no se quiere ver que su magisterio no consistió en otra cosa que en reformar la enseñanza de la filosofía en Cuba. ¿Qué tipo de hermenéutica retorcida es la que se pone en juego aquí al ignorar su legado mientras son venerados y hasta sobrelvalorados?

Hoy necesitamos más que nunca de esa reforma, porque estamos obstaculizando intencionalmente el camino de la creación y del aprendizaje. Por eso mi consejo es un replanteo radical de los programas de estudio vigentes, así como una liberación del potencial científico y filosófico conque contamos y que se ve contenido, entre otras muchas cosas, por la mezquina mediocridad de los decididores, por la disfuncionalidad de las instituciones docentes y por la esterilidad de los programas de estudio.

¿Cuál es el mayor reto de la filosofía en Cuba?

En el plano docente, ya lo he dicho: reformar su propia enseñanza. En el plano teórico, avanzar más allá del giro lingüístico del pensamiento contemporáneo. En el plano práctico, contribuir —con la mejor argumentación— al despegue de una ciudadanía que ha quedado atascada en medio del camino que va de la soberanía a la libertad.

